

El mundo de los números

Isabel Fernández Hidalgo

Los “números” son importantes. Muy importantes. No recuerdo cuando lo descubrí, pero al llegar a la escuela lo supe con certeza. Los números son muy importantes.

Estaban esos “números” que eran primordiales para sobrevivir.

La cartilla Palau número 1, número 2 y número 3. Llegar a la cartilla Palau número 3 era vital. Para llegar a la número 3 debías pasar antes por la número 2. Para ello tenías que terminar aquella última página de la cartilla anterior, la página sin dibujos. La profesora decidía cada día si pasabas (o no) de página al oírte leer. Llegué a esa última una mañana. La profesora decidió que tenía que volver repasar y empezar desde el principio. Eso no era justo, así no llegaría jamás a la Palau número 3.

Ya había vivido esa injusticia en el juego de la oca cuando te comían una ficha y volvías a la casilla de salida. Pero aquí, con otras personas desconocidas, volver a empezar no

sólo era injusto, sino que era dramático, era malo, muy malo.

En casa también había “números” y “números injustos”. Yo era la 5. Y el número 1 era muy importante. Pero los número pueden cambiar. Un número 4 puede ser un número 1. Mi hermano era el número 4 pero era el número 1 de los chicos. No entendía por qué un número 4 podía ser un número 1, sólo porque fuera chico. Era el número 4 y punto. Yo también era la número 4 de las chicas y no por eso pasaba a ser la número 1. ¿O sí podría? ¿Cómo?

A mí lo que me gustaban eran los “números justos”. Los números de los años que tenías marcaban las pesetas que el domingo recibías. 7 pesetas era mejor que 5 pesetas, porque te permitía comprar más

cantidad o variedad de chucherías que vendían en aquel kiosquillo del parque. Esos números sí que me gustaban porque los entendía. Me parecían “números justos”. Tenías que esperar al número de tu cumpleaños, 11 de junio, para que pudieras pasar a una cifra más y recibir una peseta más. Y eso era bueno, muy bueno.

Camello. “El deber de...”
“Tener que...” Caminar con
jorobas y cargas llenas de
obligaciones y esfuerzos.

Y luego estaban los “otros números”. Portal 32, piso 4. Esos eran importantes para saber por ejemplo qué botón apretar en el ascensor.

Marisa Abascal colocaba su bata en el colgador número 1 y Clara Isabel Lesmes en el número 42. Y esos también eran importantes para saber en qué orden entrabas en fila a clase o recogías los caramelos que repartía “la cumpleañera”. No entendía por qué era así, pero no me disgustaba mi número 22. No eran “justos” o “injustos”, eran así y punto. Y no podías hacer nada para cambiarlos.

Algunas personas podían hacer que los números cambiaran. La profesora hacía que yo siguiera en la cartilla número 2 durante más tiempo que las demás niñas. Mi padre dijo a mi hermana la número 3 que tenía que lograr que yo pasara a la siguiente cartilla. En el mundo de los “números injustos”, las personas que podían hacer cambiar los números, o hacer que yo los cambiara eran “personas importantes”. Eran las “personas importantes” del mundo de los “números injustos”.

Y la hermana número 3 y yo pasamos un verano las dos sentadas en una butaca de la habitación. Mi hermana intentaba que yo fuera capaz de unir algunas sílabas: “mi-ma-má-me -mi-ma, a-mo-a-mi-ma-má” Todo aquel esfuerzo durante un verano para conseguir cambiar un número.

Salir del mundo de los “números” de mi familia al mundo de los “números” de la escuela me impedía dormir. La imagen de aquel cartel en la puerta del colegio:

“HIC SUNT DRACONES”

Esa frase que en latín significa “Aquí hay dragones”, la seguí viendo durante años cada noche. Mas adelante supe que la utilizaban los cartógrafos medievales para señalar en sus mapas lo desconocido, el más allá ignoto, los espacios vacíos, es decir, aquellas regiones sobre las que no tenían ningún tipo

de conocimiento. Aunque esta indicación me producía miedo, me aventuré en lo inexplorado como hacían los otros 4 números anteriores de mi familia. Los hermanos número 6 y 7 aún no podían entrar ahí.

Tras lograr pasar la puerta con aquel cartel en latín, me encontré con riesgos e incertidumbres, sí, y también con grandes oportunidades de una vida nueva que me vendieron como mejor. Fui descubriendo el

mapa de cómo caminar por zona de Dragones. Andando por el camino del aprendizaje, aprendí qué y cómo hacer para cambiar esos “números injustos”. La dedicación y esfuerzo de aquel verano logró cambiar el número de mi cartilla Palau y me permitió pasar de curso. Ese esfuerzo solucionó aquel problema que yo tenía con la lectura (o que alguien del mundo de los números injustos declaró que yo tenía con la lectura).

Existía una energía que provenía de mi miedo a permanecer ahí durante más tiempo. El miedo a no conseguir el número que necesitaba para vivir, me motivó a aprender, poco a poco primero, a grandes pasos después. Existía también otra energía, esa fuerza que surgía del deseo de alcanzar una meta. Cuando sentía esa tensión emocional y creativa la podía resolver de dos maneras: subiendo mi realidad actual hasta la altura del reto, o bajando el reto hasta mi realidad actual. Y yo decidía casi siempre resolver esa tensión subiendo a la altura de mi visión. Me hacía sentir bien, como si aumentara mi nivel de adrenalina, como si aumentara mi valor. El recuerdo de lo que aprendí en la infancia me susurraba que subir números solía ser bueno en el mundo de los “números injustos”.

Durante años mi mapa para moverme por zona de dragones fue el siguiente: tomaba conciencia de la brecha que había entre ese objetivo y mi realidad. Establecía la meta y me comprometía con el aprendizaje. Dedicarle tiempo y espacio abundante de mi vida a

León. “Yo quiero...” “Yo deseo...”. Búsqueda de logros, reconocimientos y éxito social.

lograrlo, era de vital importancia para avanzar por el terreno. También era clave ponerme en manos de una de esas personas importantes del mundo de los “números injustos” que tuviera autoridad en la materia. Yo les cedía la mía para que me dijeran cómo tenía que hacer para lograr cambiar ese “número injusto”. Practiqué durante 10000 horas para desarrollar la habilidad de tocar esa partitura de Chopin que correspondía al más alto número de la carrera de piano. Con hábito, disciplina y esfuerzo había logrado cambiar algunos números. Tenía el mapa de carreteras para moverme en zona de Dragones. ¿O no?

No, no fue así. No siempre el final del camino fue lo que esperaba o imaginaba. Cada vez que me adentraba en una nueva carretera de aprendizaje veía hacerse más grande lo desconocido y el miedo crecía sin cesar. Mis áreas de incompetencias eran infinitas. Cuanto más sabía, más descubría que no sabía, como la superficie de un globo al hincharse. La brecha entre lo que podía y no podía, lo que sabía y lo que no sabía, lo que tenía y lo que quería era infinita, y el acortar esa brecha, agotador. Las conversaciones privadas de “no puedo”, “no tengo tiempo”, “no soy capaz”, inundaban mi cabeza. Me estaba quedando sin fuerzas como si aquella energía que antaño “me ponía” estuviera llegando a su fin.

Y llegó el día en que todo se desmoronó. Había un lugar donde lo aprendido en el mundo de los números no funcionaba. De nada sirvieron aquellas 10.000 horas de práctica y aquellos aprendizajes para superar las pruebas y obtener un buen número. Si no me servía para utilizarlo en lo importante en la vida, todo me daba igual. No logré que él me quisiera como a mí me hubiera gustado que me quisiera. No logré que él no muriera. Había trabajado duro para entender el mundo

de los “números justos e injustos” y actuar en coherencia con mis ideas elaboradas sobre él. Sin embargo me costó aún más soltarlas cuando se empezaron a volver inútiles. Tuve que desaprender conscientemente un buen puñado de aprendizajes caducos. Curiosamente, desaprender era un aprendizaje que no había aprendido. Había dejado que me enseñaran a no cuestionarme las verdades que me enseñaban.

Había aceptado una herencia de mis antepasados que tenían la misión de sobrevivir con esfuerzo, miedo en el cuerpo, desconfianza y que les obligaba a estar en alerta permanentemente para no morir. Mi cerebro seguía programado para sobrevivir en la postguerra de principios de un siglo anterior. A mi Ego, la felicidad por lo que era y no por lo que lograba, le parecía propio de personas vagas.

Ser niño, niña. Juego. Dejar de nadar a contra corriente. Dejar de nadar a corriente. Incluso dejar de nadar. Simplemente flotar en el río de la vida, desprendiéndose del Ego.

Junto con la caída del muro de los “números justos e injustos” también cayeron las personas importantes. Sentía la necesidad de dejar de leer de forma maratónica los libros con las verdades de otras personas. Escuché mis propias respuestas y encontré

otra vida. ¿Para qué recorrer el camino de otras personas si tenía el mío aún por comenzar? No estaba aquí para repetir las palabras o experiencias ajenas, sino para vivir y compartir las mías.

No volvería a dejar nunca más mi valía ni la llave de mi felicidad en manos de otros. Mi valía no estaba en cuestión. Mi nivel de energía subió como nunca había subido.

Una noche soñé que me adentraba en el mar. Remaba en una barca cargada con botellas de diferentes tamaños, colores y formas. Llegué al mar adentro y pasé la jornada afanada en la labor. Elegía una botella, la rellenaba con agua de mar, le ponía el tapón y la volvía a lanzar a las olas. Llegó la noche.

Bajo la luz de la luna contemplé aquella escena. Cientos de botellas flotando sobre las olas. Unas chocaban con otras, unas parecían mejores, otras peores, grandes o pequeñas, viejas o nuevas, y todas eran lo mismo: simple agua de mar o inmensidad del océano. La misma procedencia y el mismo destino.

Recordé a Willigis Jäger. La ola es el mar. Puedes distinguirla, la ola es la ola, no es el mar. Pero es el mar la que la hace surgir, ondea y late en ella. La ola como forma está separada del océano, pero no como existencia.

Lo mismo me ocurría a mí afanada en vivir en un mundo de números, juicios, calificaciones y etiquetas.

Cuando me topo con un sentimiento de separación, soledad o de necesidad de competir y superarme recuerdo que la ola es

el mar y que todas aquellas botellas son lo mismo. La misma agua de mar, con la misma procedencia y el mismo destino. Cuando la botella, el ego, la mente y la forma desaparecen todo es un inmenso océano de paz.

Ya no eres y aún así eres. Realmente por primera vez existes. Dejé de ser una isla con conciencia limitada de individualidad y sentí que soy la vasta expansión del vacío con conciencia de unicidad. Me perdí a mí, perdí el mundo de los números, pero gané todo porque me convertí en el mundo entero.

Nietzsche sintetizaba en tres grandes etapas el desarrollo consciencial: Camello que se convierte en león y el león se transforma en niño.

El camello en el primer estadio del proceso evolutivo, se caracteriza por “el deber de, tener que...” Supone un caminar con jorobas y cargas llenas de obligaciones, esfuerzos, hasta que dices “¡Basta!, se acabó ser camello”, y se produce la transformación en “león”.

León que afronta la vida desde el “yo quiero...” y se lanza a la selva, digo a la vida, a conquistarla, queriendo crearse reconocimiento y éxito social. Hasta que en un momento el león dice igualmente “¡Basta!”, me cansé de buscar fuera una felicidad que nunca llega a ser verdadera y nunca será plena” y se produce la transformación en “niño” en “niña”.

Ser niño, niña, que supone un nuevo comienzo, un juego, un dejar de nadar a contra corriente como el camello y su “tener que...” , un dejar de nadar a corriente como el león y su “yo quiero...”. Ahora ya no nado, floto en el río de la vida. No hace falta nadar porque me desprendí del traje, digo del ego.

Ahora he entendido la frase que tantas veces escuché de niña a mi padre.

Yo no nado nada, porque no traje traje.

